

Yo he visto en este hospital, digno de ser descrito por Dickens, el novelista de los dolores infantiles, lo que es la señora argentina y lo que representa la Sociedad de Beneficencia en sus funciones de altruismo. Grandes damas, como la de Quintana, viuda de un presidente de República; la de Ramos Mexía, esposa del ministro de Obras públicas, y varias señoritas, hijas de potentados de la riqueza, estaban allí en representación de la Sociedad á que pertenecen, vigilando el cuidado de los enfermos y la administración del hospital, lo mismo que si fueran religiosas olvidadas de la vida.



BUENOS AIRES. SANATORIO CARIDE

El más notable de los establecimientos benéficos por su novedad y su grandeza es la Colonia de Alienados, establecida cerca del pueblo de Luján, á 67 kilómetros de Buenos Aires. Contiene más de 1.000 pensionistas, y la dirige el profesor Cabred, ilustre y animoso médico que ha circunscrito su vida y sus estudios al remedio de las enfermedades mentales. El doctor Cabred, aparte de sus méritos como hombre de ciencia y de haber figurado con brillantez en varios Congresos médicos, es una voluntad firme, dedicada á la noble empresa de combatir los eclipses de la razón. Sólo contando con un carácter enérgico é incansable se puede sostener y llevar adelante un establecimiento como el que él dirige.

Cuenta Buenos Aires con el «Asilo Nacional de Alienados» y el «Hospicio de las Mercedes», establecimientos que nada dejan que desear en el tratamiento de la locura; pero el doctor Cabred es partidario del régimen libre para la curación de las enfermedades cerebrales. Los establecimientos emplazados en las grandes urbes, con murallas que les dan aspecto de cárceles, son, como dice Cabred en una de sus conferencias, «fábricas de dementes crónicos, cementerios de la razón alterada». Por esto se fundó la Colonia de Luján donde los alienados viven en completa libertad, dedicados al trabajo.

La Colonia, próxima á la estación de Open-door, en el ferrocarril del Pacífico, es un verdadero pueblo, que dispone de 500 hectáreas para el cultivo y tiene más de 1.500 habitantes entre enfermos y personal encargado de su vigilancia y curación. El establecimiento se halla dividido en dos secciones: el Asilo para los que sufren demencia aguda y la Colonia con sus tierras, que cultivan los alienados tranquilos é inofensivos. Elegantes *chalets* les sirven de albergue con toda clase de comodidades: salas de reunión, comedores, teatro y baños. En las afueras de este pequeño pueblo se hallan instaladas la lechería, el criadero de aves y de cerdos, las caballerizas, etc. No hay

* * *

El más notable de los establecimientos benéficos por su novedad y su grandeza es la Colonia de Alienados, establecida cerca del pueblo de Luján, á 67 kilómetros de Buenos Aires. Contiene



DOCTOR CABRED



COLONIA DE LUJÁN. LOS ALIENADOS YENDO AL TRABAJO

cercas ni muros que impidan la huída de los enfermos. Es un asilo con las puertas abiertas, y sin embargo, las fugas no son frecuentes. Quinientas hectáreas de tierra cultivable rodean la Colonia, y los alienados las trabajan con una labor metódica, que sirve para distraerlos y restaurar su vigor. Dirigidos por hábiles agricultores, alcanzan buenas cosechas, que se consumen en el establecimiento. Las calles y los alrededores de los edificios son hermosos jardines. Nuevas construcciones agrandan incesantemente este pueblo original. Los dementes trabajan como albañiles, fabrican el yeso y los

drillos, se ocupan, según sus facultades, en trabajos de embellecimiento, y muestran gran interés por el curso de las obras. Este régimen de libertad da cada vez mejores resultados. La población de la Colonia procede, en su mayor parte, del Hospicio de las Mercedes de Buenos Aires, y abundan en ella los casos agudos. A pesar de esto, son frecuentes las curaciones y mejoramientos, y ha disminuído bastante la mortalidad de los alienados. Estos se hallan tan á su gusto en el régimen de aire libre y vida campestre, que no intentan huir.

El doctor Cabred concede á sus pensionistas la llamada «libertad bajo palabra». Permite á los tranquilos que salgan del establecimiento á visitar á sus parientes, con el compromiso de regresar dentro de un plazo marcado. Todos vuelven á tiempo, por no faltar á su palabra; lo que no se ve con frecuencia en las gentes de sana razón.



VISTA DE LA COLONIA DE LUJÁN

IX

LA LLUVIA - LA RIQUEZA DEL PAÍS - LOS BANCOS

Un argentino de los que viven gran parte de su existencia en Europa, me dijo en cierta ocasión:

— Si va usted á mi patria verá que allí no hay más que una cosa importante: la lluvia. Todo lo demás es artificial, postizo. Los problemas de gobierno, las cuestiones sociales, la tranquilidad pública, la alegría de las gentes, la confianza en la patria, todo se resume en dos palabras: «Que llueva».

En vano argüí que algo más que la lluvia debía preocupar á los argentinos: su intervención en la política del país, su desarrollo intelectual, la buena distribución de la riqueza.

— No, señor — contestó —. Lo único importante es la lluvia. Lloviendo se arregla todo lo que usted dice y mucho más. . . ¡Que llueva, que llueva!



BUENOS AIRES. UNA ESQUINA DE LA AVENIDA DE MAYO

lleva. Lo que importa es la lluvia: lloviendo hay para todos. . . ¡Que llueva, que llueva!

Viajando por la Argentina me he acordado muchas veces de esta conversación. Inútil es decir que no participo de las absurdas afirmaciones de mi amigo: la lluvia no puede serlo todo, absolutamente todo en un país. Pero viendo de cerca los beneficios que reporta á la nación, también he dicho como él: «¡Que llueva, que llueva!»

Asusta pensar en una sequía de cuatro años que afligiese á esta República. Su prosperidad floreciente desaparecería con una rapidez aun más grande que la que presidió su creación: quedaría anulado el esfuerzo de varias generaciones; la Argentina parecería un cementerio; los capitales disgregándose, serían arrastrados por la catástrofe.

Por fortuna, una escasez de lluvias no ofrece hoy el peligro de otros tiempos. Hace cuarenta años la agricultura y la ganadería estaban concentradas en la provincia de Buenos Aires y las limítrofes. Bastaba una sequía fuerte en esta porción del territorio argentino para que sus consecuencias las sufriese la República entera con una ruina general de los negocios.

En el presente la industria ganadera se ha extendido por toda la nación. La empuja la agricultura, al instalarse en un radio considerable alrededor de las poblaciones importantes. Y como la Argentina, por ser muy extensa y ocupar tantos grados geográficos, disfruta de variadas condiciones climatológicas, es casi imposible una sequía que abarque de frontera á frontera toda el área nacional. Cuando hay escasez de agua en una parte llueve abundantemente en otra, y sus beneficios no quedan sin provecho. Sufren la calamidad por separado algunas provincias, pero la nación no corre el peligro de una ruina total, como en otros tiempos.

Yo insistí. Si la gente sólo pensaba en la lluvia, olvidando sus deberes cívicos, el país acabaría por no tener gobierno.

— ¡Y qué! — repuso mi amigo —. Argentina puede vivir sin gobierno, siempre que llueva. El verdadero presidente de la República es la lluvia. Con esta presidencia se asegura la riqueza, y donde abunda el dinero hay alegría y tranquilidad.

— Pero, ¿y si los gobernantes, alentados por la indiferencia del país, cometen inmoralidades?

— No; no son capaces. Sus enemigos podrán tacharlos de ineptos, pero todos reconocen que son honrados.

— Lo sé. . . ; pero, ¿y si algunos hombres sin escrúpulos, validos de la general pasividad, se apoderasen del gobierno, malversando en provecho propio la fortuna nacional?

Pareció vacilar el paradójico amigo breves instantes; pero luego afirmó rotundamente:

— Bueno . . . que roben, pero que

El espectáculo de los campos argentinos durante una sequía deja en la memoria un recuerdo penoso. Yo he atravesado las provincias de Buenos Aires y Santa Fe después de varios meses de sequedad. Los rebaños, flacos y macilentos, husmeaban la tierra buscando algunas briznas verdes entre las matojas amarillentas quemadas por el sol. Los costillares marcábanse con aguda sinuosidad bajo la piel de toros y caballos. Caían á centenares las reses, y las desollaban los pastores para aprovechar el cuero, abandonándolas después al borde de los caminos. La anatomía rojiza y azulada de sus músculos y tendones atraía de lejos á los caranchos y los cuervos. Llegaban éstos en aleteante espiral, prontos á limpiar el inmenso pudridero. La llanura rasa y monótona estaba sembrada de pequeñas tumefacciones negras. Estas verrugas del paisaje eran cadáveres. ¡Centenares, miles, decenas de millar de vacas y caballos; limpios de su piel, como piezas anatómicas; abandonados al pico nauseabundo de los piratas de la pampa; mostrando en su desollamiento la blanca y enorme dentadura con una risa macabra! Y el sol lucía con mayores esplendores que nunca: un sol de tiempo seco, ardoroso, sin veladuras de humedad.

El campo estaba triste bajo esta lluvia de oro. Era un sol igual al que debió alumbrar el campo de Waterlóo al día siguiente de la epopeya de los coraceros, ó al que presenció en Sedán las incesantes cargas, tan sangrientas como inútiles. ¡La muerte perdiéndose de vista en la llanura infinita! ¡Las pequeñas hinchazones negras extendiéndose como un oleaje fúnebre hasta el último límite del horizonte! Enormes capitales perdidos, muchas familias arruinadas; y yo murmuraba con generosa angustia:

«¡Que llueva! ¡Que llueva!»

Llovió. Un mes después pasé por los mismos lugares. Las reses desolladas eran blancos esqueletos cuyas osamentas recogían los vagabundos para venderlas á los exportadores. No quedaban otros recuerdos de la catástrofe. El campo ondulaba como un mar verde hasta perderse de vista. Un día de lluvia había bastado para que surgiese de sus prolíficas entrañas el alfilerillo, el trébol, las suculentas gramíneas. Los animales supervivientes del desastre rumiaban el pasto, gordos y satisfechos, con el aplomo de un buen burgués que se ha ganado las comodidades de su retiro á fuerza de penalidades. Brillaba el mismo sol, pero ahora parecía dulcificado por el reflejo verde de la jugosa pradera. Su oro era discreto y acariciante como una sonrisa graciosa. Había perdido el brillo fúnebre de joya de momia, con que alumbraba un mes antes las llanuras de seque-



BUENOS AIRES. SUPREMA CORTE DE JUSTICIA



BUENOS AIRES. «PALACE HOTEL»

convertir el triste páramo en pradera fecunda, y para hacer millonario á un hombre próximo á la desesperación. No hay tierra que responda más pronto con su sonrisa verde al beso húmedo de la lluvia. Las bestias se multiplican sobre el terruño herboso; crece la inundación de carne hasta llegar á los puertos; llénanse las cajas de los Bancos con enormes provechos.

Hace un año, en Bahía Blanca, las autoridades, los grandes propietarios, los mejores elementos de la sociedad, reuniéronse en solemne banquete. No iban á festejar á un hombre político ni á conmemorar un suceso histórico. Había llovido después de largos meses de sequía, y este banquete era en honor de Su Divinidad la lluvia. Los argentinos, puestos de frac y levantando la copa de *champagne*, hicieron sus libaciones en honor de la madre Naturaleza con la religiosa gratitud de unos honrados paganos. La lluvia es la fortuna de la nación. Con ella todo marcha bien y no hay presidente que resulte malo. Circula el dinero, prosperan los negocios y se vive en «el mejor de los mundos posibles».

¡Ay, el agua!... Cuatro años de sequía, y así estuviese al frente de la República el hombre más justo, más inteligente y más bondadoso que haya producido la humanidad, caería arrollado por la indignación general. Los hombres son iguales en todas partes. Necesitan hacer responsable á alguien de sus desgracias, y cuando sufren una calamidad se consuelan de ella echando la culpa al Gobierno.

* * *

dad y de muerte. Hasta los blancos cráneos de toro, depositados por el capricho pastoril sobre los postes de las cercas como un adorno helénico, parecían reír, estremeciendo la lira de sus astas en medio de esta alegría de la Naturaleza.

¡Ay! ¡Que llueva! ¡Que llueva!... Si la lluvia no es todo el programa de la vida de la República, como pretendía aquel sostenedor de paradojas, debe ser el primero y más importante de sus artículos. Los gobiernos no pueden fabricar las lluvias, pero sí almacenar su caudal sobrante en reservas hidráulicas que aseguren la vida de los campos y la prosperidad de ciertas provincias. Por esto es digno de aplauso que el Gobierno actual haya dado un nuevo impulso á las obras de esta clase. Los que sigan al frente de la nación deben pensar lo mismo. ¡Que llueva! ¡Que llueva... natural ó artificialmente!...

En pocos países del mundo se aprecia tanto el agua como en ciertas regiones de esta República, por lo mismo que se tocan inmediatamente los resultados de su existencia ó su carestía. Una noche de aguacero basta para

En los primeros días de permanencia en Buenos Aires, raro es que el extranjero no se detenga ante un palacete de la calle San Martín, que nada tiene de extraordinario. Parece exteriormente una de las muchas escuelas que existen en la capital, con fachada de piedra, columnas y frontón clásico.

El amigo argentino que acompaña al recién llegado le da suavemente con el codo, se detiene y señala al edificio.

— ¡Ahí están! — dice con voz misteriosa.

El extranjero no le comprende. ¿Qué edificio es este, modesto, sin otra guardia que la de algunos bomberos que se ven á través de la verja y las puertas entornadas?...

— La Caja de Conversión, señor. Ahí están guardados, para hacer frente á los compromisos de la República; para garantizar su crédito. Dicen que han crecido mucho, que ya son ciento ochenta y cuatro. Hace algunos años eran menos. Pronto tendrán que cambiar de casa, por encontrar ésta angosta.

Hacéis un esfuerzo para entender á vuestro acompañante. ¿Quiénes son estos seres misteriosos de que habla el argentino con orgullo; los ciento ochenta y cuatro prisioneros, que se multiplican y algún día encontrarán su cárcel estrecha?... El compañero aclara el enigma. Son los 184 millones de pesos oro, que duermen en la Caja de Conversión, inactivos, pero solemnes; poderosos bajo sus capas de polvo, garantizando con una inmovilidad majestuosa el gran crédito de la patria. Nuevas remesas añaden todos los años un volante más á esta capa de oro que cubre como regio manto los ubérrimos pechos de la República.

La riqueza amontonada en este palacete, situado en el corazón de la capital, es lo que da estabilidad á la moneda, y como lógica consecuencia, seguridad á los capitales extranjeros, desarrollo á las industrias, aumento á la exportación y solidez á la fortuna pública. ¡Poderosos millones, dignos de ser venerados! El buen argentino debía hacer un pequeño saludo, aunque fuese mentalmente, al pasar frente á este edificio. Dentro de él reside una parte de la grandeza patria. ¿Por qué no?... Esa reserva de metal precioso es tan digna de su entusiasmo como la bandera blanca y celeste ó la pirámide de Mayo.

Me alejo pensando en lo que representan ciento ochenta y cua-

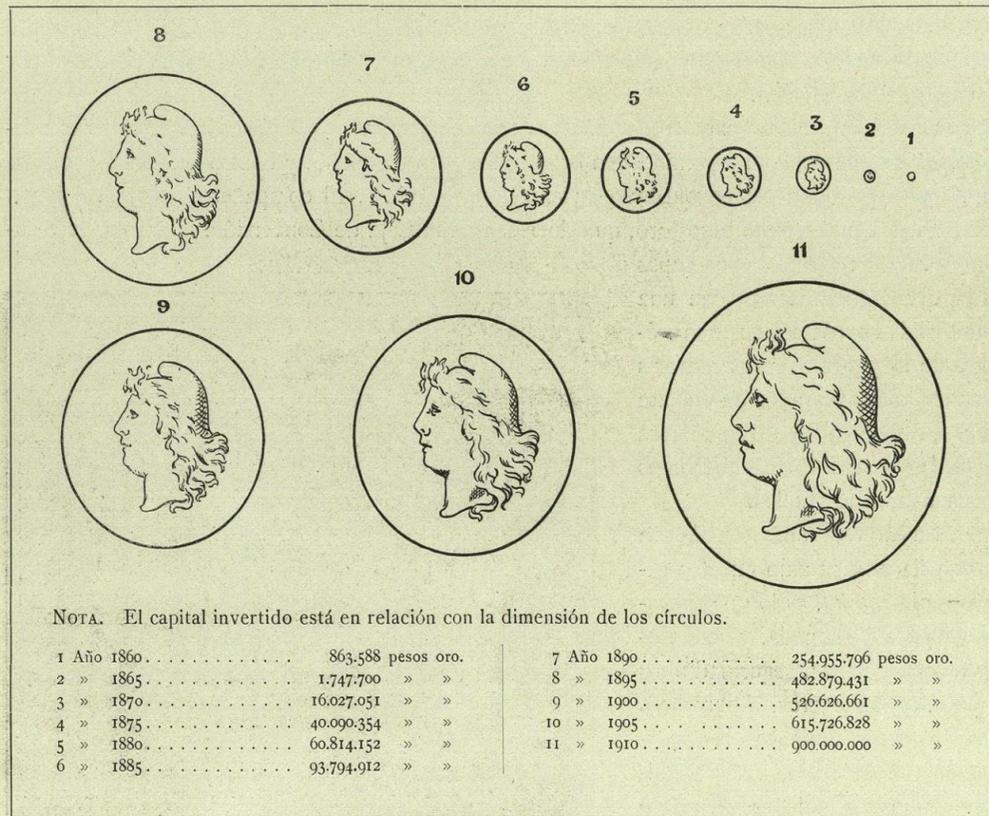


BUENOS AIRES. LA CAJA DE CONVERSIÓN

tro millones de pesos oro. ¡Novecientos millones de francos! . . . Pero no basados en el crédito y nominales, no en pedazos de papel litografiado formando paquetes como los libros de una casa editorial, sino en oro deslumbrante, en moneda acuñada, con un valor positivo é inmediato, que encuentra curso en todos los pueblos de la tierra, hasta en medio de las tribus salvajes. . .

Yo he visto enormes amontonamientos de riqueza que gozan de una fama histórica. En Constantinopla visité el tesoro de los Sultanes, la herencia de *Las mil y una noches*; tronos de oro macizo, grandes como lechos, con arabescos de gruesas perlas; yataganes cuya empuñadura

Capitales invertidos en la Argentina, en pesos oro.



estaba formada con sólo cinco diamantes; esmeraldas del tamaño de adoquines. . . Pero esta riqueza artística y esplendorosa, así como los tesoros de otros potentados de la tierra, es de relativa preciosidad. Para que represente un valor efectivo necesita que alguien desee adquirirla, que sienta el capricho de hacerla suya y posea los medios necesarios para ello. ¡Mientras que el colosal amontonamiento de piezas de oro acuñado que puede lanzar la Argentina á la circulación en breves instantes . . . qué riqueza representa!

No tuve interés en ver este tesoro. ¿Para qué? . . . Cajas y más cajas alineadas, y dentro de ellas paquetes cilíndricos envueltos en papel, como si fuesen pastillas de chocolate. Nada de atractivo en su visión: ningún encanto artístico. ¡Pero qué poder tan inmenso encierra esa cantidad de oro! Hasta permaneciendo inerte, empolvada é inactiva en el encierro de unas cajas, sostiene con su presencia el desahogo y el crédito de un gran país.

Por resabios de nuestra educación tradicional, que exalta como divinas virtudes la pobreza y la hediondez de los ascetas, perdura en muchos hombres inteligentes una tendencia á despreciar el dinero viendo en él algo vil, incompatible con los ideales nobles.

Es cierto que el dinero no lo puede todo en la vida. Un millonario tonto hace reir en todas partes, y un sabio pobre inspira respeto. Pero el dinero no sólo posee una influencia individual; no sirve únicamente para proporcionar comodidades á determinadas personas: representa una de las grandes fuerzas del progreso y ha ejercido, durante siglos, una influencia revolucionaria.

Las pequeñas repúblicas medievales, por medio del dinero de sus mercaderes, esbozaron la vida moderna de paz y de trabajo en medio de las querellas bárbaras de príncipes y barones vestidos de hierro. Los tenderos de Florencia, Génova y Venecia, al llenar sus arcas de oro, comenzaron á reirse de los privilegios de la sangre y la nobleza de espada, acabando por



FERROCARRILES ARGENTINOS. UN TREN EXPRESO

casar á sus hijas con los primeros reyes de Europa y sentar á sus hijos en la silla de San Pedro. Los descendientes del pueblo maldito por el cristianismo, los activos hebreos dedicados al comercio del oro, son hoy altos personajes en las cortes más aristocráticas é inaccesibles. Hacen préstamos á los monarcas y se ven acosados por la adulatora solicitud de los descendientes de los mismos personajes que en otro tiempo quemaron á sus abuelos.

El oro, al multiplicarse y esparcirse en las últimas clases de la sociedad, fué un instrumento de revolución. Él ha afirmado el poder de las democracias en la vida moderna. Los reyes hacen la corte á la República francesa porque es poseedora de una gran parte del oro existente en el mundo. El Czar de todas las Rusias figura como su modesto deudor.

La Europa monárquica, tradicional y creyente, se inclina adulatora ante los impíos franceses, que ostentan en su diestra el *luis*, prodigioso talismán capaz de lograr las más estupendas transformaciones. La democracia norteamericana ríe de las delicadezas y escrúpulos del viejo mundo, sabiendo que éste encontrará interesantes todos sus atentados á las reglas establecidas y solicitará casarse con sus hijas, siempre que pueda ostentar su *águila* de oro.

El dinero es una fuerza histórica; lo mismo que la inteligencia, lo mismo que las armas. Causa graves daños á la humanidad; descansan en él todas las desigualdades y las injusticias